

LA RAQUAÑA PATRIA.

REVISTA DECAENAL DE LITERATURA CIENCIAS Y ARTES



BROCOS

DIRECTORES PROPIETARIOS

Enrique Labarta Pose - José Tarrío Garcia



Antun Parvetic



F. MEYER

MEYER

SUMARIO.

Texto.—*Gallegos distinguidos*, por José Tarrío García.—*Conversación decenal*, por Enrique Labarta Pose.—*De siete colores*, por Wenceslao Veiga.—*El regionalismo en la pintura*, por Rafael Balsa de la Vega.—*El Juramento*, por Luis A. Mestre.—*La escuela naturalista y los que la siguen en Galicia*, por Luis Rodríguez Seoane.—*Drs de la brecha*, por Salvador Golpe.—*De un libro titulado EN PROSA*, por Manuel Murguía.—*¿Por qué choras?* por Juan Barcia Caballero.—*Artes industriales en Santiago*, por José Tarrío García.

Grabado.—*Retrato de Arturo Carretero*, por Enrique Mayer.

GALLEGOS DISTINGUIDOS.

ARTURO CARRETERO.

PUEDEN la ocasión propicia, la audacia, la fortuna, en suma, hacer breve el camino que conduce á los elevados puestos del Estado, y aún con aquellos factores, lograr el favorecido un nombre general y una reputación entre los que lo han alcanzado á fuerza de perseverancia en el estudio, ascendiendo uno á uno los escalones de la fama, por obra y gracia de méritos que no se discuten y que no se deben al favor ni al acaso.

Esta forma de adquirir celebridad en el medio ambiente de la política puede, en casos muy escepcionales, sin embargo, reproducirse también en la órbita en que la ciencia recorre su trayectoria, y dar á muchos astros luz que es no más que prestada, pero que deslumbra los ineducados ojos del vulgo.

A diario topamos, en la ciencia y en la política, reputaciones de talo que, sometidas á un análisis no muy escrupuloso ni muy detenido, arroja presto una ausencia completa de motivos que las justifiquen, y que puestas en el crisol de la crítica, se desvanecen como las pompas de jabón sin dejar ni siquiera asomos ó cantidades infinitesimales de substancia.

¡Cuántas veces la oportunidad de llegar á tiempo para hacer explotar la mina cargada por las contingencias de la política logra que la vocinglera fama pregone *urbi et orbe* el nombre de una nueva celebridad, sin historia ayer y obscura y olvidada la víspera de la hazaña! ¡Cuántas una teoría, quizás

importada de allende las fronteras, pero hábilmente expuesta, como si de cosa propia se tratara, ha dado á muchos patente de sabios!

No acontece así, por fortuna, en aquellas fases de la actividad humana que, lejanas de la esfera especulativa, han menester de la forma plástica, de algo tangible, materia que las manifieste y esteriorice. En los dominios del Arte, verbigracia, no es posible que surja sin su génesis propia, que se imprevise—esta es la palabra—una reputación y un nombre. Para que el artista alcance patente de tal no bastan ni el favor ni la ocasión. Si su nombre ha de rebasar los linderos de la medianía precisa que sus obras se sometan á un tribunal cuyo número de jueces es inmenso, pues todos poseen nativa aptitud para sentir y aquilatar la belleza, deque, por el contrario, carecen la mayor parte para apreciar el grado que alcanzan el mérito y el valer científicos.

Tales han sido las consideraciones que se nos vinieron á las mientes al pretender esbozar la personalidad del ilustre grabador Arturo Carretero.

Nació este distinguido artista en Santiago allá por el año 45.

A la muerte de su padre, —escribano de número y persona que gozó de la simpatía y estimación generales,— y siendo aún muy niño, marchóse á Madrid con sus dos hermanos, llevando en su cerebro la levadura de artista y una marcada inclinación al estudio del dibujo que muy pronto hizo ostensible ingresando en la Escuela de San Fernando, en la que, como premio á su aplicación y talento, obtuvo por voto unánime la nota superior.

Dueño ya de los secretos del dibujo trocó el lápiz por el buril entrando en el estudio de un grabador inglés, el mejor de aquel tiempo, del cual adquirió muy presto el joven Carretero su pericia y maestría en el arte del grabado.

Afanoso de ensanchar sus conocimientos y de darles la mayor suma posible de perfección, abandonó la Corte cuando apenas contaba diecinueve años y encaminóse á París, sin llevar en su maleta otros medios de vivir, que la varita mágica de su buril que había de proveer á su diario sustento.

Como Carretero aprovechó el tiempo y logró asimilarse los adelantos del grabado en la capital de la nación vecina, demostrólo al cabo de algunos años, al regresar á su patria, pues sus trabajos se vieron muy pronto solicitados por todas cuantas publicaciones de alguna importancia veían la luz, obteniendo en varias Exposiciones de Bellas Artes, medallas que acreditan

cuanta es la justicia de la fama que goza como grabador. Falta hacia en nuestro país; pues, así como en el arte de la pintura no se quedó á la zaga de las demás naciones, en el grabado, en cambio, bien puede afirmarse que carecía por completo de medianos cultivadores; hasta el vergonzoso extremo de que, ni Henri Delaborde en su obra *La Gavure*, ni otros escritores que han historiado los progresos del grabado en Europa, ni una sola vez mencionan á España!

Hoy es Arturo Carretero el primer grabador que posee, habiendo creado con su estilo una Escuela de la que han salido muchos y muy aventajados discípulos.

Las páginas de la *Ilustración Española y Americana* cuentan á centenares obras debidas á su hábil buril. Es también feliz cultivador de la acuarela, y su rápido y glorioso *crescendo* en el dibujo se demostró, por

modo indiscutible, en la *Exposición de blanco y negro*, celebrada poco ha en Madrid, de la que dice un notable crítico, que el mejor trabajo en ella presentado pertenece á nuestro conterraneo.

Si visitais el estudio de Carretero, habladle de su inolvidable Galicia, pues sólo aplicando el dedo á este resorte, lograreis que dé algún descanso á su privilegiada y fecunda labor.

Tal es la personalidad del que hoy honra nuestra Galería de Gallegos distinguidos, cuyo retrato débese al buril de Enrique Mayer, discípulo suyo y joven de muy recomendables aptitudes para el grabado, y harto acreedor, por cierto, á la protección oficial de nuestras Diputaciones provinciales.

J. TARRÍO GARCÍA.



El cerebro de cada hombre es un estuche misteriosamente cerrado que guarda en su fondo una sorpresa.

Lo difícil es hallar el resorte que sin violencia lo abre; pues la mayoría de los individuos rompen la cerradura é inutilizan el estuche.

Obsérvase que todos los niños revelan aptitudes especiales para una ciencia ó arte determinados,

presintiendo; sin duda cual es la sorpresa que hierva y bulle bajo esa tapadera que se llama cráneo.

Los aficionados á la milicia encasquetáanse morriones de papel y pasan su infancia haciendo el ejercicio con escopetas de madera; los que aspiran á la carrera eclesiástica, construyen altares de cartón y queman incienso ante un santo de plomo; los amantes del arte pictórico dibujan con teja macacos en las paredes; los músicos tocan el virimbao; los críticos comentan el Fleury; los agricultores siembran huesos de cerezas en el estómago; los comerciantes juegan á pares y nones, y los acróbatas se

encaraman por los árboles; pero pasa el tiempo, y al distribuirles los papeles que definitivamente han de representar en el mundo, para nada consultan sus respectivas aptitudes, y, así como suele decirse del gato al rato, del rato á la cuerda, hacen crítico al agricultor, acróbata al crítico, eclesiástico al acróbata, militar al eclesiástico, comerciante al militar, músico al comerciante y agricultor al músico. Por eso hay tan pocos hombres de talento y tantos individuos inútiles que bajan á la tumba pobres é ignorados, llevando oculta dentro de su cabeza una mina de oro que, una vez explotada, los hubieran hecho célebres en los fastos de la humanidad.

Pues bien: cuando yo era chiquitín, tenía como todos mi sorpresa en el estuche, mi aptitud especial, mi vocación: ser barbero. Diéranme entonces á elegir entre una barbería y el Harem del Sultán de Marruecos, que sin vacilar optaría yo por la primera de las dos cosas. Hoy sin embargo, no me pongan ustedes en semejante compromiso, pues fácil es... que prefiera la segunda.

El barbero, ese modesto industrial, era el protagonista de mis sueños y el objeto constante de mi admiración. Tres cosas me entusiasmaban en aquella feliz época: *El Barbero de Sevilla*, *El Barberillo de Lavapiés* y las obras de *Fígaro*.

Mi cuarto era la parodia de una peluquería. ¡A cuántos caballeros de papel les he cortado el pelo y arreglado la barba!

Cuando otro niño recibía en castigo de alguna travesura tres docenas de azotes, este era el refrán que simultáneamente me aplicaban: *cuando la barba de tu vecino*

veas pelar echa la tuya á remojar. Todo, en fin, conspiraba en torno mio para acrecentar mi amor al arte.

¡Qué buen redactor *de tijera* hubiera hecho yo en aquellos tiempos!

Los calvos y los barbilampiños me eran antipáticos, y en clase de papeles el que más me gustaba era... *el de barba*.

Desde que una vez le dije un municipal á un muchacho mi vecino, «eres un buen *peine*» me hice amigo suyo y me encariñé con él, por considerarlo como uno de los instrumentos más indispensables del oficio.

A mis parroquianos, que, repito, eran de papel, los afeitaba y les cortaba el pelo dos veces por semana; pero un día, de esos que se marcan con raya negra en el libro de la existencia, entró mi *domino* en *el establecimiento*, hizo un auto de fé con todos los parroquianos, decomisó navajas, peines y tijeras, y obligome á cambiar definitivamente el oficio, con tan buenos auspicios comenzado, por una carrera literaria.

Algunos años más tarde recibí sin vocación y con frialdad el título de Licenciado en Derecho civil y canónico, que hubiera trocado gustoso por el de peluquero de la Real Casa.

¡Yo, que pudiera muy bien ser un barbero notable, me encontré hecho un abogado inútil! Entonces tomé una resolución desesperada y metime á poeta humorístico por no meterme á salteador de caminos.

Si como abogado no conseguí *afeitar* á ningún cliente, como poeta humorístico jamás logré *tomarle el pelo* á ningún ciudadano.

—Y aquí me tienen ustedes, sin valer para nada. Estoy á la disposición de ustedes. ¿Hay alguno que

quiera *servirse*? Caballeros: ¿afeitarse ó cortar el pelo? Lector: ¿quiere usted que le deje patillas?

¡Pero yo disbarro! ¡El barbero trata de sobreponerse al escritor!

¡Dios mio! ¿Por qué no me habrán hecho barbero? Quizás á tales horas hubiera ocasionado una revolución en el arte de la peluquería. Acaso, acaso, en el actual momento histórico les cortase pelo y barba á los parroquianos de mi establecimiento por medio de la electricidad; y después de mi muerte, erigiríanme una estatua en testimonio de gratitud eterna, todos los que aun tienen algo que afeitarse. ¡Pero cuento ya veintisiete años, he perdido diez y nueve de práctica en el oficio, y... es tarde para volver á empezar.

Pensando en estas ú otras muy parecidas cosas, metime en cama el día 31 de Diciembre de 1890 á las nueve en punto de la noche, con un dolor de cabeza tan intenso que veía barberos en las paredes y navajas de afeitado delante de los ojos. A los cinco minutos de descanso, desaparecieron barberos, paredes y navajas y me quedé profundamente dormido, si es posible que un hombre pueda dormirse con profundidad. De repente, no sé que hora sería, desperté sobresaltado, sentí un deseo irresistible de lanzarme á la calle... no por la ventana sino por las escaleras, me vestí, bajé, abrí la puerta y me encontré fuera de casa. Corría un vientecillo Norte que *afeitaba* el rostro más de lo regular. La soledad reinaba en todas partes. Estaba oscuro... pero no olía á queso. Allá lejos y al extremo de tortuosa callejuela, divisábase una ténue lucecilla que, rasgando apenas las tinieblas, enviaba sus tímidos resplandores á una pared vecina pálida como al cariz de

un parroquiano recién enjabonado. Dirigíme hácia aquel sitio, y cual no sería mi sorpresa al encontrarme frente á frente con una barbería de humildísimo aspecto, modestamente adornado el sucio escaparate con una cortinilla encarnada y dos relucientes *yelmos de Mambrino*, que, colgados á guisa de trofeos sobre la muestra del establecimiento, hacíanle guardia de honor.

Al llegar á los umbrales de aquel para mi sagrado templo, *non plus ultra* de las aspiraciones de mi infancia, sentí esa inquietud indescriptible que debió sentir Julio César á orillas del Rubicón.

Pero César pasó el Rubicón, y yo... traspuse el umbral.

A la amarillenta luz de oscilante lámpara vi un cuarto estrecho, con extrañas caricaturas pegadas á las paredes, donde un novelista de la escuela moderna ó un escribano en caso de embargo, podrían inventariar los objetos siguientes: un par de sillas rotas, una butaca usada, una mesa vieja con todos los utensilios del oficio, una guitarra sin prima y un espejo de media luna.

El barbero, hombre de mediana edad, que, á semejanza del Caballero de la Triste Figura, era seco de carnes y enjuto de rostro, cortábale la nivea cabellera á un viejecillo apergaminado, de ojos saltones y diminuto cuerpo, el cual, encogido sobre el asiento de la butaca y con los piés en el aire, sonreía maliciosamente hacia el espejo fiel reproductor de su mefistofélico semblante.

—Buenas noches, señores—dije, sentándome al mismo tiempo en la silla menos desvencijada.

—Felices—replicaron á coro los otros dos personajes.

—Pues sí, como V. lo oye—prosiguió el Figaro, reanudando sin

duda la conversación interrumpida por mi saludo.— A los siete años, ya componía yo los villancicos que se cantaban en mi pueblo durante las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes.

—¡Huy! ¡Caracoles!—gritó el viejecillo pegando un salto en la butaca.

—¿Se asombra V. de mi precocidad?

—¡Es que me ha pinchado V. con las tijeras!

—¡Ah! Perdone usted caballero. ¡Qué imaginación la mía! ¡Era volcánica, soñadora y entusiasta por todo aquello que trasponía los límites de la realidad! ¡Esas fiestas de familia que se celebran en esta época del año traen siempre á mi memoria el eco de los villancicos de mi infancia, y los dulces ensueños de aquella edad venturosa.— ¡Si viera V. con que ansiedad esperaba yo el día de Reyes para poner en el balcón mi zapatito, que Baltasar, Gaspar y Melchor, se encargaban luego de llenar de poéticas chucherías! Es una piadosa costumbre que aun hoy conservo.

—¡Ay! ¡Canario!

—¿Le llama á V. la atención, caballero, que aun hoy conserve esa piadosa costumbre? ¿Verdad?

—¡No, hombre! ¡Es que me ha lastimado usted!

—Han sido las tijeras.

—¡Me lo supongo!

—¡Usted dispense! Están un poquillo oxidadas. Les echaré aceite para que corran. ¡Si! ¡Es una piadosa costumbre que conservaré mientras viva!

—¿La de echarle aceite á las tijeras?

—No señor, la otra.

—¡Ah, sí! ¡La de lastimar á los parroquianos! Prosiga usted.

—¡V. no me creará caballero!

Aun continuo poniendo todos los años la vispera de Reyes una bota de montar en mi balcón. Mi suegra, que hace el papel de rey negro, y mi mujer y mi hijo, que representan á los otros dos Magos, depositan dentro de la bota, otra de aguardiente que, como no hace pareja con la primera, me bebo al otro día de un solo golpe para ahogar inoportunos recuerdos.

—¡Jé, jé, jé!

—¿Se ríe V. caballero!

—¡No me he de reír? ¡Si me está V. haciendo cosquillas en el pescuezo con la punta de la tijera!

—¡Que feliz era yo cuando niño! ¡Entonces... ni aún soñaba ser barbero! ¡Si viera V. que afición la mía á la lectura! Me estudiaba de memoria todos los papeles que caían en mis manos, y sabía de corrido, sin faltar un punto, los Doce Pares de Francia y el romancero del Cid.—¡Qué muchacho tan precoz!—exclamaba mi abuela—¡Es lástima que se malogre!—repetían los vecinos. Pero cuando cumplí los diez años, mi padre....

—¡Huy!

—¿Le lastiman á V. las tijeras?

—¡Un poquillo!

—¿Y ahora?

—No. Prosiga V.

—Mi padre, repito, díjome con solemnidad:—Es preciso hacerte hombre— ¡y me hizo barbero! Entré de aprendiz en una peluquería, y allí en el agua de jabón ahogáronse mis aspiraciones.

Aquí hizo una breve pausa el bueno del hombre, y yo me puse á observar con el rabillo del ojo á tan extraño personaje. Tenía la mirada penetrante y la frente alta y despejada. Sus tijeras caminaban torpes por la cabeza del viejecillo diseñando en ella una escalera de caracol y enganchándose á ratos

entre los pelos, con tan poca maña, que el parroquiano hircuiendo las rodillas al nivel del estómago lanzaba con doloroso ¡ay! Al instante comprendí que aquel individuo no sabía su obligación. Estave á punto de levantarme y decirle:

—Usted y yo hemos trocado los papeles y toda la vida seremos, usted un mal barbero y yo un péssimo poeta, pudiendo ser, usted un celeberrimo vate y yo un notabilísimo rasurador. ¿Quiere V. hacer la conversaci6n decenal mientras yo corto el pelo á ese caballero?

Pero.... no sé como me contuve. El caso fué, que no le dije nada; pues en aquel momento el Figaro terminó su operaci6n, sacudió la tohalla y murmuró dirigiéndose al parroquiano:

—Servidor de usted.

Luego, como hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Quien sabe lo que sería yo á tales horas si hubiese seguido otro camino! ¡Ahora ya es tarde!

—¿Y qué edad tiene V.?—preguntóle el viejecillo, levantándose de la butaca.

—¡Cincuenta años!

—¡Me lleva V. cuarenta y nueve de delantera!

—¡Cuarenta y nueve! —exclamó asombrado el barbero.

—¡Cuarenta y nueve! —repiti yo para mis botones con no menos asombro.

—¡Cuarenta y nueve, si, cuarenta y nueve! —asintió de nuevo el viejecillo.

—¡ero, eso es imposible!

—Eche usted la cuenta. Nací el 1.º de Enero de 1890; y hoy 31 de Diciembre á las doce en punto de la noche, terminará mi misi6n en el mundo. Pero antes, he querido dejar aquí todo el pelo. ¿Qué hora es?

—Las doce menos cinco minu-

tos—contestó el barbero sacando la muestra.

—Pues bien:—continuó el viejecillo—me voy, porque no puedo detenerme ni un instante. Soy el año 1890, y parto á reunirme con mis antecesores. El que ahora me sustituye, ya debe de estar llegando. Nosotros nos renovamos cada 12 meses, y ustedes, caballeros, nos dejan pasar indiferentes sin cuidarse de lo que les conviene; pero cuando tratan de desandar lo andado, es ya tarde, y entonces ¡claro está! nos echan á nosotros la culpa por habernos ido tan pronto. ¡Vayan ustedes... á pasee! ¡Con Dios, señores!

Seguidamente desapareció como un relámpago, tropezando al salir con un jovencito de sonrosada faz y cabellera de ébano, que entraba presuroso en la barbería.

En aquel momento el reloj de la catedral, con doce lentas y graves campanadas, anunció la media noche

—¡Ese es el año 1891!—exclamé dirigiéndome al barbero y señalándole el jovencito que, sentado ya en una de las sillas, se limpiaba tranquilamente el sudor con el pañuelo de las narices.—¡Sujetémosle, y el tiempo detendrá su rápida carrera!

—¡Si, si! ¡Sujetémosle!—replicó el barbero.

Y los dos nos echamos á él como energúmenos.

—¡Suéltlenme ustedes que grito!—balbuceaba el pobre muchacho.

—¡Aquí te quiero escopeta!—decía el barbero, agarrándolo por la nuca.

—¡Hi, hi, hi! Si ustedes no me dejan, llamaré en mi auxilio á los tres Reyes Magos que estan á las puertas de la ciudad, esperando á que transcurran los seis días que yo traigo de anticipaci6n para anunciar su venida.

—¡Aquí no hay Rey ni Roque que te valga!

—¡Baltasar! ¡Gaspar! ¡Melchor!— gritó el año 1891, con todas sus fuerzas.

Entonces... senti un sacudimiento horroroso, y una voz lúgubre que me decía al oído:

—¡El señor Rey!

—¿Cuál?— exclamé asustado.—
¿Baltasar, Gaspar ó Melchor?

—¡Tú estás soñando! ¡Quién ha de ser! ¡El señor Rey, hombre, el de la imprenta, que viene á buscar la conversación decenal para el número 7 de LA PEQUEÑA PATRIA.

—¡La conversación decenal, la está haciendo el barbero!

—¡Qué barbero ni que ocho cuartos! ¡Despierta que ya son las nueve de la mañana!

Abri los ojos y me encontré... en mi propia cama.

—¡Todo eso ha sido un sueño! exclamé.

Lector: quiera el cielo que no te quedes tu tambien dormido cuando leas lo que yo he soñado.

—Buenos días, señores.

ENRIQUE LABARTA POSE.



DE SIETE COLORES.

Vaya un cuento!... Pues señor ha de saber el lector que el cuento mío es un cuento tan pobre de pensamiento, como rico de *color*.

Fuí al estanco por pitillos, pero al ver junto al estanco á dos bandos de chiquillos lanzando enormes «morrillos» dije al punto—«Aquí soy *blanco*.»

Logro escapar, gran detalle de que aun hoy mismo me alegro; más, en pos de un lindo talle, pretendo cruzar la calle y entonces... ¡*héteme negro!*

Por tal deidad seducido, llego hasta su amante nido, y al rendirme, enamorado me advierte: —usted ha comido pues viene muy *colorado*.

Yo habléla de mi pasión sin que las frases recuerde; tan solo sé, en conclusión, que por la conversación le parecí un poco *verde*.

Y su mamá que observaba me tomó por un gandul, y echando espumosa baba se vino á donde yo estaba hasta ponerme de *azul*.

Oyendo la retaña de aquella madre en adobo la vecindad me mutila y como yo estaba bobo gritaban: ¡Parece *lila!*

Todo amante frenesí, depuse al momento allí, pues ante un hecho tan raro, es lo cierto que debí quedar *amarillo*.... ¡claro!

Y como medio seguro de eludir tan grave apuro alejeme de allí presto.
—«Si --pensaba—porque esto pasa de *castaño oscuro*.

Wenceslao Vega

EL REGIONALISMO EN LA PINTURA.

Carta abierta á mi querido amigo D. José R. Carracido.

QUERIDO PEPE: En el número cinco de *La Pequeña Patria*, he leído con doble atención tu artículo acerca del *regionalismo en la pintura*, sorprendiéndome agradablemente, que coincidamos en ciertos puntos de vista. Y digo que he leído con doble atención tu trabajo, porque siempre me ha interesado muchísimo cuanto produces (en el terreno literario ó artístico, pues en el científico soy lego) cosa que les acontece á todos los que te han leído una sola vez, y también, porque del tema de tu artículo citado, no ha mucho tiempo me ocupé á la lijera, desde las columnas de la *Ilustración* y emití ideas que concuerdan bastante con las que te inspiraron tu trabajo de *La Pequeña Patria*.

Creo en efecto, mejor dicho, tengo la seguridad absoluta de que si el arte de la pintura no afinó en Galicia, débese á que nuestra preponderancia, así material como intelectual, había descendido rapidísimamente desde que la cabeza de Pardo de Ce-la rodara en Mondoñedo, quedándonos limitados á ser un feudo del castellano, que trató de arrancar de cuajo todo carácter ó manifestación regionalista, que pudiera significar independencia en cualquier orden de cosas. Algo sin embargo pudiera objetarte á lo que supones de los esfuerzos imitativos realizados en la tierra gallega para aclimatar el arte castellano, por cuanto, lo que afirmas, es mera conjetura, y el *arte castellano* fué de suyo tan insignificante que apenas si asoma la cabeza en el reinado del Doliente y se muestra de medio cuerpo con Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos; y ya en estos últimos reinados, atildado y compuesto al gusto del florentino *Dello* que vivió en la corte de Juan II, de *Masaccio*, pintor giotista como su compañero citado y, reformada asimismo la tendencia florentina por *Van Eyck*, que llegó á la península con Felipe el Bueno, el año 28 del siglo XV y algunos lustros despues, por los compatriotas de este flamenco, *Vermeyen* y *Sturmio*. Pero dejando á un lado tal punto y siguiéndote en tus fundadas hipótesis, para deducir la razón de la carencia casi absoluta, ó absoluta, como quieras, de obras pictóricas y de pintores regionales, no estoy conforme con la conclusión que asientas de que el clima y la orografía, de un lado, y del otro el dualismo que resulta de imitar las obras de coloristas por hijos de tierras tan um-

brias como la gallega, esterilizaron la producción pictórica. No; los artistas flamencos que citas como imitadores de Rafael, no son los que constituyeron la escuela flamenca, generatriz de la del siglo XVII. Ni Lucas de Leyden, ni el gran Durero, ni los pintores de Brujas, imitaron á Rafael; sufrieron el influjo del renacimiento italiano, pero no trataron de imitar sus artistas. Los que como Mabuse y van Orley, se dieron á tal trabajo lograron únicamente quedarse á la cola, con la escuela de Malinas; nada más. Y antes de sufrir la influencia italiana —que sabes muy bien que no es lo mismo que suponer imitación— la escuela flamenca era colorista, bastantes mejor —como siguió siéndola— que la escuela florentina, que la de Verona, que la romana y tan buena como la veneciana. Y por Dios, que si Galicia tiene umbrías y nieblas, respecto de Flandes y Holanda resulta la tierra del sol. Y si esto no lo crees suficiente como razón para oponer á tu consecuencia científica, no tienes más que echar una ojeada á los pintores americanos, á los italianos y á los ingleses, suecos y del norte de Francia y verás donde están los coloristas —muy distintos de los colorinistas.

A otras causas, entiendo, que obedece la carencia de pintura regional. Quizás si tu echases una mano á este tu amigo en un trabajo de índole disquisitiva, podríamos acertar; pero, como esto requiere mucho tiempo y *times ist money* para ambos, especialmente para tí, hago aquí punto, no sin aplaudir lo que en el final de tu artículo dices respecto de los lugares á donde debieran ir pensionados los hijos de Galicia que muestran aptitudes para la pintura, y sin antes rogarte me cuentes siempre en el número de tus verdaderos amigos y admiradores.

B. Balsa de la Vega

EL JURAMENTO. (1)

I.

En torno de ese lábaro
que, al tremolar al viento,
de la indomable patria
semeja el esqueleto
—pues todos contemplamos

(1) Del libro en preparación *Cantos de un patriota*.

en el glorioso lienzo
no ya girones rojos
sino sangrientos huesos —
brillaron aquel día,
del peñasal en medio,
cual precursores cirios
nuestros desnudos hierros,
mientras el héroe, irguiéndose,
mostrábanos severo
la cúspide por ara,
la inmensidad por templo.

II.

Allí sobre los riscos
del imponente cerro
que el himno de los libres
oye entonar al céfiro,
allí donde no muerden
de la opresión el freno
ni viendo á Dios el águila,
ni viendo al hombre el ciervo;
al contemplar bruñidas
las armas por el fuego
del sol que iba escalando
de la llanura al cielo,
mirar nos parecía
de aquel nuestro evangelio,
sobre el altar de piedra,
las páginas de acero.

III.

Jamás á nuestros ojos
mostróse más pequeño
del almenado alcázar
el torreón soberbio,
que en la hondonada alzándose,
cual misterioso espectro,
ante el taller cerrado
y ante el hogar sin techo
—de nuestra ira salvaje
las cárceles rompiendo
allá en lo más recóndito
del oprimido pecho —
asi nos presentaba,
feróz, horrible, tétrico....
¡el cuadro de la infamia
en su marco de cieno!

IV.

Entonces los que, osados,
salimos al torneo
retando á los gigantes
con brazos de pigmeos;
y sucumbir juramos
antes que andar sujetos
al carro del verdugo
con el dogal del miedo,
al fin de altos enigmas
por vez primera dueños,
adivinar pudimos

de nuestra fé el secreto:
¡que saciará algún día
—y acaso no esté léjos,—
la copa de los grandes
la sed de los pequeños!

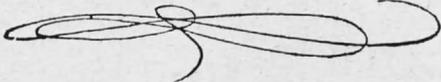
V.

Del mar, del mar, sin límites,
llegaba hasta allí el eco
de libertad y gloria
arrullos esparciendo;
rozaba nuestras frentes
feliz cantando el viento
que del tirano burla
los calabozos férreos;
sombrios nubarrones
cruzando el firmamento
corceles semejaban
de un escuadrón aéreo
y allá, en el horizonte,
yacía entre el silencio
la arena, nunca esclava,
del colosal desierto.

VI.

¡Oh! qué grandioso instante
aquel en que el acento
de nuestro audaz caudillo
las rocas conmoviendo,
en la empinada cumbre
del peñasal escueto,
vibró, sonoro y grave,
aterrador y fero!
Fué entonces que nosotros
intrépidos guerreros,
allí nos prometimos
librar de oprobio el suelo,
hasta llegar ¡oh gloria,
á tu soñado templo,
rompiendo á hachazos tronos,
quebrando á golpes cetros!

José A. Mestre



LA ESCUELA NATURALISTA

y los que la siguen en Galicia.

NO es difícil buscar á todas las escuelas que en mayor ó menor grado han predominado en el Arte y en la Literatura su filiación originaria. Tal sucede con la nueva escuela del naturalismo, que otros llaman escuela realista. Las antiguas opiniones de los filósofos griegos y

sus sistemas filosóficos han tenido y tienen virtualidad bastante para repercutir al través del tiempo cual si movidos á veces por secreto impulso viniesen alternativamente sus oleadas á extenderse por los vastos dominios de las creaciones artísticas y literarias.

No se propone el naturalismo como lo hace el realismo condenar el predominio exclusivo de la fantasía en las concepciones artísticas y literarias, puesto que si así fuera carecería aquella escuela del prestigio de la novedad. Sabido es que en las concepciones hipotéticas de Platón seguidas por algunos filósofos de Alejandría, y renovadas más tarde por Castiglioni y Miguel Angel era la belleza concepción ideal de que las almas al nacer se impregnaban y con exclusión de las cosas terrenas podían los espíritus privilegiados reproducir acá abajo en la tierra. Por eso decía Miguel Angel que al nacer le había sido dada la belleza:

Nascendo me fu data la bellezza.

En contraposición á las ideas platónicas creyeron los partidarios de Aristóteles que en la naturaleza y su imitación estaba la belleza y que por consiguiente nada podía ser bello si no era verdadero.

Las ideas aristotélicas informaron después los códigos de todos los preceptistas desde Horacio hasta Boileau.

Si más tarde Vinkelman como Mengs se separaban de la rigidez de estos principios y reconocían que la naturaleza al ser imitada podía también ser embellecida, de ningún modo por eso desaparecían aquellos dos principios capitales que en la esfera de la estética formaron como los polos de su eje. Nada consiguió alterar la verdad de aquel cuadro que titulado *Las Escuelas* pintó Rafael para el Vaticano. Sabido es que en él aparece Platón elevando sus ojos al cielo, como si allí residiese el único foco de la luz de las ideas, mientras Aristóteles señala con su mano la tierra como si esta debiese de ser el único campo de toda indagación.

El realismo, pues, no es una novedad, y antes bien muchas obras del siglo de oro de nuestra literatura y de las literaturas extranjeras son en su fondo realistas como *La Celestina*, *el Quijote*, ciertos dramas de Shæpspeare y de Calderón.

¿Qué se propone, pues, el nuevo naturalismo de Zola y de Daudet? El naturalismo intenta apartar por completo de la novela ó de la obra de Arte la idealidad y la fantasía, reduciéndolas á ser copias de la naturaleza, obras en las cuales el autor ha de aparecer indiferente á las propias producciones, y sin que en ellas se vea su perso-

nalidad y modo de ver. Ni aún es lícito, según intenta Zola, que la novela sea un estudio psicológico y real de la vida, sino que ha de ser un proceso verbal sin finalidad artística. A estos propósitos han procurado en mayor ó menor grado adaptar sus obras principalmente los autores de *Teresa Raquin*, *Nabbab*, *Tartarin de los Alpes* y *La Tierra* en Francia ¿Han de ser en principio tenidas como antiestéticas estas producciones literarias y condenada por lo tanto la influencia que en nuestros escritores y aun en nuestros artistas hayan podido ejercer los pontífices de la escuela naturalista?

Para rechazar la tendencia naturalista y condenarla en el Arte y en la literatura sería menester que la condena se fundase en algo y hubiese algún código escrito sobre la materia cuyas infracciones se pudiesen comprobar; pero este código no existe, porque el Arte es ilegislable y solo puede vivir de su propia libertad. Todas las teorías acerca de la belleza, todas las poéticas y todas las reglas de los preceptistas no han hecho un solo artista y un solo poeta. Porque una cosa es que se pueda legislar y dar reglas sobre lo que el Arte y la literatura tienen de mecánico como es el idioma y la métrica en la poesía, y el dibujo, la perspectiva y el color en la pintura, y otra cosa es que se quiera subordinar á reglas é ideas y prejuicios la concepción de la belleza. ¿Cómo se ha de legislar acerca de la belleza, si no ha podido todavía definírsela? La belleza se siente, no se define.

Desde el punto, pues, que la nueva escuela naturalista produzca y de ella salgan obras bellas en la literatura ó en el Arte tendrá ya su razón de ser, y todas las condenaciones de los críticos ó de los preceptistas serán ineficaces y se perderán en el vacío. No se puede negar este carácter á muchas de las producciones de la nueva escuela. Siguen su rumbo y oriéntanse ya en su dirección algunos escritores y artistas de Galicia, debiendo incluirse entre los primeros á Emilia Pardo Bazan en la novela, Luis Taboada en el artículo de costumbres, Isidoro Brocos en la escultura, y Silvio Fernández y Modesto Brocos en la pintura.

No es ocasión ahora de analizar el carácter naturalista de cada uno de estos escritores, tarea que seguramente excedería los límites de este artículo, aun reservando para el asunto de otro á los artistas.

El nombre y la reputación literaria de Emilia Pardo Bazán indican de suyo que sus aciertos dentro de la escuela á que está afiliada han sido mayores que sus extravíos y caídas. Ha conseguido dominar las dificultades de la forma, es estilista, por más-

que se echan de menos en sus obras el sentimiento, la delicadeza y la dulzura que ya que en su condición de mujer no hubieran podido anidarse en las intimidades de su alma, debieran haber bastado á infundirle estas cualidades las virginales y puras emanaciones de la tierra natal.

Luis Taboada sabe hallar como pocos escritores festivos la nota cómica en sus artículos. Es escritor fecundo y parece ser manantial inagotable el de sus chistes. A caso esta misma fecundidad le perjudique y le obligue á abusar de las incongruencias y despropósitos con los cuales se corre el riesgo, cuando forman el macizo de la labor literaria, de caer en la trivialidad. No debiera olvidar Taboada que si es la risa muy continuada, ó se produce con sacudidas muy violentas, es fácil que al reirse de este modo se produzca el dolor.

Por lo demás, y fuera del aspecto naturalista de la eximia noveladora hay que confesar que la señora Pardo Bazan ha enriquecido nuestra moderna literatura con obras magistrales de crítica y de historia.

Lo que con harta frecuencia sucede es que cuando la novedad de una escuela literaria, de un sistema ó de una doctrina nos atraen, difícilmente logramos contenernos en términos razonables. Van corriendo el riesgo muchos de los sectarios que hoy practican el naturalismo en sus producciones de incurrir en un grosero materialismo, y éste por sus propios excesos traerá una reacción en sentido opuesto, que le servirá de dique, como fué en otro tiempo el romanticismo la protesta contra las amaneradas exageraciones clásicas del pasado siglo.

Luis Rodríguez Separe

DESDE LA BRECHA. (*)

Surge et ambula.

Arriba, la soberbia entronizada
En brazos de la audacia y del cinismo;
A sus piés, el cobarde servilismo
Temeroso del látigo y la espada;
Fingiendo santidad immaculada
La vil hipocresía; el pesimismo
Cavando, más y más, el negro abismo
Donde la fé se encuentra aprisionada;
Triunfante el dolo con la ley del fuerte;
Temis... ¡esclava entre la augusta toga...!
¡Pobre Patria, caminas á la muerte!
¿Quieres vivir? Resuélvete. Los lazos
Que te aprisionan rompe, y libre, ahoga
Esa hidra feroz entre tus brazos.

Salvador Gelpi

(*) Soneto dedicado al distinguido poeta y publicista D. Juan Manuel Paz.

(De un libro titulado **EN PROSA**,
próximo á ver la luz pública.)

* * *

I. Lloro el Homero irlandés, ciego y sin el hijo muerto en el último combate, llora porque no puede asistir á la feria que se celebra aquel día y á su carrera de caballos ¡Recuerda aquella otra memorable, que presencié de niño y en que su padre recibió de mano del rey el caballo vencedor. El poeta arranca de su arpa los sonos más doloridos. El amor de Oscar en quien se compendian y revivian los hechos de una raza gloriosa, gime y se queja en ellos. El viejo Ossian no teme mostrar á los ojos extraños, las llagas que laceran su corazón, pues ¡ay! cayó para siempre, en lo más duro de la pelea, su hijo, como joven encina que debía crecer frondosa en el valle de la patria y el invasor corta por el pié, para que no vuelva á cubrirse de hojas.

Yo también lloro mi hijo muerto, *flor de oro* en cuyo cáliz brillaban todavía las primeras gotas de rocío.

II. Y á dos pasos de mi, los gritos de la multitud llenan los aires. Los campesinos cruzan indiferentes las calles de la ciudad llenas de sol y de alegría, y á la sombra de los robles que crecen sobre la colina sagrada y todo á lo largo de las avenidas del bosque, se agolpan los que concurren á la feria. Fiesta de mi juventud! Los

bueyes rumian la hierba recién cortada y llena de aromas, los carneros que ayer pastaban en el monte solitario despuntan las ramas, recordando tal vez —silenciosos, agrupados y siempre salvajes,— á la agreste muchacha que los guardaba y la triste canción que entonaba al compás de las conchas, bajo los cielos grises, en las horas de su soledad y de su inocencia.

Ay! también yo recuerdo las canciones de mi infancia, y otros campos y otras fiestas que pasaron para no volver más. Mi alma, toda esperanza en otros tiempos, es ahora ondulada y silenciosa sobre la que caen ya las primeras sombras: nada la despertará en este mundo.

III. Que algarazara, que ruido! Los hijos de la ciudad se mezclan con los campesinos. Brilla el sol en el cenit y deja caer sobre la muchedumbre sus rayos abrasadores. Silenciosos los robles tienden sus ramas sobre la *carrera*. En los aires, voltean las campanas y estallan los cohetes. Ensordecen los gritos, los relinchos y el herir de los cascos contra la dura tierra. Allá van en tropel los caballos de mi patria, sufridos como sus dueños y como ellos fuertes y resistentes. Ayer libres y pastando en el monte solitario, hoy retenidos por la cuerda rústicamente tejida con sus mismas crines.

Así damos nosotros vida al dolor que nos encadena para siempre á un yugo aborrecible.

IV. Pasan rápidos los salvajes caballos de mis montañas. Sobre ellos cabalgan los que visten el antiguo traje y hablan la lengua natal. Allá van en confuso montón, bajo las ramas; seguidos y alentados por los gritos de la multitud; aguijoneados, por las varas de los que forman las filas. Hurra! y á escape! El vértigo los lleva, el polvo los ciega, el calor los enardece: ¡hurra y á escape!

Así vamos en desenfrenada carrera, al viento y á la lluvia, aguijoneadas por todos los deseos, azotados por todos los dolores; sin saber por qué ni para qué; presa de nuestras ambiciones, presa de los desencantos que les siguen como verdaderas Eumanides.

V. Fiesta de mi tierra, fiesta que en los luminosos días de la juventud, veía llegar con tanto regocijo, fiesta que alegra á

mis hijos; si me fuese dado, yo te cantaré — como el viejo bardo de Irlanda, la dulce hermana nuestra — y tus cielos puros, y el sol que coronaba el eter azul, tal como nimbo glorioso la frente de los ángeles alados. Más hoy, ausente de mi ciudad y de los mios, ¿cómo ha de levantarse de los abismos de un corazón herido de muerte, canción alguna, cuando allá en su fondo más obscuro gime el dolor y suspira la tristeza sin nombre? Y en mi soledad, solo me pregunto: — Antes que blanqueen mis cabellos, no volveré á ver la feria y la *carrera*, no oiré el rumor de aquella multitud, ni resonar en el corazón y en los labios del campesino la canción y la lengua de Galicia? Ellos son los que amo! Ellos... los inclinados bajo el peso de todos los cuidados y de todos los infortunios. Antes de morir quisiera verles pasar de nuevo á mi lado graves y silenciosos, lo mismo él que asienta orillas del Tambre y agrestes encañadas por donde lleva sus aguas el río celta por escelencia, como el que cria sus mulas en las frias y dilatadas estepas de la montaña; los que ven enrojecer los pámpanos en las orillas del Ulla, y los que duermen su siesta bajo los frondosos castaños de la Mahía; el que vive al pié de las on las saladas, y el que habita las cumbres que la niebla soñolienta envuelve mañana y tarde; el que siembra el trigo y el que coge el maíz; aquel á quien rodean las nieves eternas y el que goza de una eterna primavera. Ellos son los que amo y por quienes clamo por el día de su redención. Son los que se alegran al son de la gaita, y beben el vino ágrido de la costa, los que bailan la alegre muñeira y allá en sus soledades entonan al caer de la tarde el *alalá*, triste y monótono como su vida. Son ellos! son la patria, lo único vivo que nos resta ya de todo un pasado y de todo un pueblo que agoniza.

Qué insensatos somos! Arrojamus al río nuestros tesoros sin pensar que las aguas no han de devolvernoslos. Sin duda los dioses infernales presiden los destinos de esta raza sin ventura. El reposo es nuestra divinidad tutelar. Pero, ¡qué reposo! Ni el de la muerte es tan grande. Dormimos en paz en nuestra tumba y amamos sus tinieblas. Y qué, Señor, ¿no habrá nunca para nosotros, ni una voz que nos despierte, ni un rayo de sol que disipe las sombras que nos envuelven?

Manuel Marquina

*
* *

—¿Por qué choras? Consólate que sempre detrás d' as amarguras veñen as horas prácidas que tray ás regazadas a Fertuna.

..¿Que tarda? Non ch' importe: Xa chegará.... si chega.... Non é bulra: é tan soyo unha ráfega d' o diaño d' a duda....

—Non te bulres, malino, non te bulres, home de pouca fé....

—Non: de ningunha

(Del libro inédito *Rimas*.)

J. Barcia Caballero

Artes Industriales en Santiago.

II.

Mobiliario y altar ojivales.

NO para devolver al cuerpo la perdida salud hemos cruzado el elegante vestíbulo, con su ajedrezado suelo de mármol, ni subido los fáciles y charolados escalones que conducen al despacho del afamado cirujano; llevónos á el objeto distinto, desligado por entero de los eficaces remedios que se prodigan en aquel socorrido santuario de la ciencia. Traspusimos sus umbrales en aras de nuestra afición y cariño al arte, guiados por el afán de examinar, reunidas, las varias partes de un mobiliario construido en el acreditado taller de Landeira.

Para que no se nos tilde de avaros y á trueque de que se nos tache de indiscretos, he aquí el resultado de nuestra curiosidad satisfecha.

Una biblioteca, sillería y una mesa escritorio, constituyen el mobiliario de aquel despacho.

La primera cubre por completo sus cuatro paredes, y se compone de un elegante zócalo que ostenta simuladas arcadas de ojivas obtusas ó rebajadas, que exornan sus intradós tres arquitos que le dan aspecto angrelado. Entre el ápice de los arcos y la moldura que con perfil de cuarto bocel recto limita el zócalo, se ven rosetones tambien simulados que encierran una cuadrifolia.

La parte que sigue al zócalo, ó sea la biblioteca propiamente dicha, hállase di-

vidida, por estrechos contrafuertes, en varios compartimientos ó secciones formados por elegantes puertas vidrieras con la disposición de las ventanas ajimezadas: un arco ojivo obtuso que incluye á otros dos de ojivas agudas y treboladas, apoyando el incluyente sus extremos en columnitas embebidas en los contrafuertes, y teniendo como apoyo comun las incluídas, una delgada y esbelta columna ó parte luz que apoya su basa en la moldura que es límite superior del zócalo. Como en este, en la entreojiva se abre un bonito rosetón con cuadrifolia. Un solo cristal cierra cada uno de los vanos de tan hermosos ajimeces, y en cada compartimiento vense los estantes destinados á soportar libros é instrumentos quirúrgicos.

Sigue á esta parte una ancha faja que recuerda el cornisamento de los órdenes clásicos y que tiene, socabada, pequeña y estrecha arquería que en cada sección interrumpe un arabesco que va á perderse en las hojas de un airoso florón.

Corona la biblioteca, y corre á lo largo de toda ella, una sencilla pero hermosa crestería cimera, formada por una série de arquitos, con un floroncillo en el punto en que se unen y que le dan el aspecto de un angrelado invertido, cuya monotonía rompen los ya mencionados florones y los agudos pináculos que surgen de los edículos que son continuación de los contrafuertes que limitan las varias secciones de tan soberbia biblioteca.

Dicha crestería, y lo mismo la faja que la precede, al llegar á las puertas y ventanas de la estancia pasa sobre ellas, sin solución de continuidad; de suerte que es un motivo decorativo que recorre sus cuatro paredes.

Como puede colegirse por la descripción que precede, hecha con la ligereza y sobriedad del boceto, el estilo de esta obra es el ojival del tercer período, con elementos que marcan la transición al del renacimiento, como son los que campean en la moldura que se vé entre el zócalo y la parte de la biblioteca constituida por las vidrieras ajimezadas, y la que corre entre estas y la ancha faja que las sigue. Vense en ellas caprichosas y atrevidas combinaciones de la flora ornamental del estilo que adoptó sistemáticamente el empleo de la ojiva, y extraños reptiles y aves creados por la exuberante fantasía del Renacimiento.

Con lo dicho podrá suponerse la ornamentación y forma de la sillería y mesa-escritorio que completan tan hermoso mueblaje. Solo añadiremos, por lo tanto, que las sillas son de bajo asiento y alto respaldo,

que por debajo del primero corre una crestería cairelada, y que el uno y el otro se hallan cubiertos de hermosos cueros de la época, fijos al mueble por dorados clavos; que el sillón que hace juego con la mesa-escritorio, es muy notable por sus airovas proporciones y que ostenta en el extremo de sus brazos y en los ángulos que estos forman con el respaldo, hércules y leones de excelente traza, luchando con serpientes.

La mesa escritorio, llamada de ministro, es otro mueble no menos notable que los anteriores, en el que se repiten los mismos elementos decorativos de la biblioteca: un bajo zócalo exornado de pequeños recuadros conteniendo cuadrifolias de folículos ojivos y conopiales; arcada simulada en las tres caras ó entrepaños de los dos cuerpos laterales de la mesa, con un rosetón sobre el ápice de la ojiva; encorvadas frondas en los ángulos que forman dichos cuerpos con el tablero que los cubre; y en este calada crestería á guisa de balaustrada. Es en suma, una obra hermosa y muy bien entendida que bastaría ella sola para dar á Landeira patente de artista inteligente.

Tales son el gusto arcaico, el sabor de época, la distinción señorial que Landeira logró imprimir al roble, que cuando hubimos traspuesto los umbrales del cuasi régio despacho, parecíamos que por arte de encantamiento, ó por uno de esos milagros que perseguía el cerebro soñador del Marqués de Villena, habíamos retrocedido en el tiempo tres largas centurias, y que no era aquél el recinto que da albergue á uno de los más ilustres representantes de la moderna cirugía, sinó el cuarto de estudio en que se quemaban las cejas los fervientes devotos de la alquimia; antojósenos anacronismo que los anaqueles de la biblioteca soportasen el potente microscopio, y las armas con que alcanza sus conquistas la medicina operatoria de estos tiempos, cuando creíamos ver la panzuda retorta y los deficientes medios de que disponían los hombres sabios del siglo décimoquinto.

¡Lástima que el estucado techo desentone el conjunto y que no lo sustituya un artesonado de la época, que completaría la armonía, y haría que la ilusión fuese mayor!

ALTAR OJIVAL.

Otra obra no menos recomendable que la anterior es un altar con destino á la iglesia en construcción del nuevo convento de la Enseñanza de Vigo.

Hace ya tiempo que Landeira lo ha terminado, y solo espera que las obras de dicha iglesia toquen á su término para proceder á su colocación. Para cuando se rea-

lice y la ocasión se nos presente, haremos una descripción tan detallada cuanto lo permita nuestra incompetencia. Hoy tan so o adelantaremos algunas noticias sugeridas del examen del plano y de las varias piezas que ocupan no pequeña parte del almacén de muebles de Landeira.

Consta dicha obra, que mide dieciseis metros de altura por siete de ancho, de tres cuerpos: uno inferior, ocupado por la mesa de altar en el centro, y á los lados y en plano distinto por el alto zócalo que sostiene todo el retablo, y en sentido ascendente, y del ancho de la mesa, por una gradería cuyas líneas interrumpe el Sagrario. Otro medio, cuyo centro ocupa elegantísimo tabernáculo, flanqueado de dos edículos que ostentan, adosadas, pequeñas estatuitas de ángeles con humeantes turibulos, y á los lados, y en el mismo plano del zócalo, destácanse con gran relieve encuadrados por sencillas molduras, los atributos de la Pasión, los de la autoridad Pontificia y bonitos enlaces de la cifra de Maria.

El cuerpo superior es el más elevado. Adopta la forma de tríptico: una gran hornacina en el centro con un pedestal prismático que ha de soportar la estatua de Nuestra Señora de Lourdes, y dos laterales con elegantes ménsulas para recibir imágenes de santos. Separan á dichas ornacinas tres arcos trebolados y escalonados. De entre las cúspides de aquellas se elevan ligeras agujas piramidales, cuyas aristas pierden su corte merced á caprichosas frondas, que, como propias del último período del ojival pierden su carácter de hojas encorvadas, y adquieren la forma de ángeles que trepan por tan inclinada rapante. A la aguja correspondiente á la hornacina central, precede una base prismática decagonal, cuyas caras ostentan elegantes arcos de intradós trebolado coronados de agudos gabletes, rematados de un pequeño floroncillo, y que tienen talladas las imágenes de San Ignacio de Loyola, San Juan de Berchmans, San Luis y otras de santos que han sido de la orden á que pertenecen las monjas de la Enseñanza. Es este altar un alarde de buen gusto, notable no solo por sus buenas proporciones y por la exactitud en la copia del ojival del tercer período á que pertenece su estilo, sino también por la elegante sobriedad de los motivos de ornamentación que lo decoran; tanto más de alabar cuanto que en Galicia apenas contamos retablos de aquel estilo, el más adecuado, el más á propósito para elevar el sentimiento cristiano y el más simbólico de los estilos arquitectónicos.

JOSÉ TARRÍO GARCÍA.

LA PEQUEÑA PATRIA

REVISTA DECENAL

DE

LITERATURA CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Santiago.—Una peseta al mes.

Resto de la Península.—3 pesetas 50 céntimos trimestre.

Ultramar y extranjero.—3 pesos fuertes semestre.

Centro de suscripción en Santiago

Rua del Villar, 28. (Adm.^o de Loterías.)

No se servirán las suscripciones si no acompaña su importe adelantado en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo de 15 céntimos.

El que se suscriba por 25 ejemplares obtendrá una rebaja del 25 por 100.

ADMINISTRACIÓN

Carretas 7.

GALICIA HUMORISTICA

REVISTA QUINCENAL

DE

costumbres, cuentos, agudezas, anécdotas y tipos gallegos.—Novelas homeopáticas y poesías festivas—ciencias y artes (desde el punto de vista cómico)
—Acertijos, cantos populares, charadas y gloglíficos.

El primer tomo de esta Revista, que constituye un volumen de 400 páginas con abundante lectura, grabados y piezas musicales, se halla de venta en la Administración de **LA PEQUEÑA PATRIA**, al precio de 6 pesetas para los suscriptores, y de 7 pesetas y 50 céntimos para los que no lo son.

ESTA REVISTA en la que colaboran los más notables escritores y artistas de Galicia, aparece los días **10, 20 y 30** de cada mes, en números de diez y seis páginas formando á fin de año un voluminoso tomo, para el que se repartirán anticipadamente á los suscriptores el índice y portada correspondientes.

Publicanse en ella retratos y biografías de gallegos distinguidos, piezas musicales de tres en tres meses, y grabados, de cuando en vez, reproduciendo escenas, paisajes, costumbres, monumentos ú obras de arte, que por cualquier concepto merezcan los honores de la publicación.

REDACCIÓN

Carretas 20.—SANTIAGO.

BÁLSAMO DE FIERABRÁS

colección de versos gallegos y castellanos

POR

ENRIQUE LABARTA POSE.

Véndese este libro al precio de 2 pesetas 50 céntimos, para los suscriptores á **LA PEQUEÑA PATRIA**, y al de 4 pesetas para los que no lo son.

Los pedidos al autor

Carretas 20.—Santiago.

